

VICO, FILÓSOFO DEL ALBA: LA TEORÍA ANTROPOLÓGICA DE LOS ORÍGENES*

Andrea Battistini



El motivo de los orígenes es una especie de obsesión para Vico, afrontada durante toda la vida y en todas sus obras. La misma *Scienza nuova*, cuyo título completo es *Principi di Scienza nuova*, descubre el tiempo oscuro y fabuloso en el que se genera la humanidad. Nos muestra cómo, literalmente, la humanidad viene a la luz. En consecuencia, Vico elabora un método acorde, en el que *la fantasía* viene a ser un verdadero y propio instrumento hermenéutico, el único medio adecuado para percibir el primer rayo de luz en la historia de la humanidad. Para remontarse a los orígenes se hace necesario recurrir a los medios originarios de conocimiento, o, lo que es lo mismo, a los mitos, a las metáforas, a las etimologías.

Concerned with the increasing separation between sciences and humanities which during his lifetime were taking place, Vico sought the connection within the culture by elaborating a particular method according to which it is possible to go back into the origins, the principles, the real sources: humanity's integrating and common shared momentum as found in common mythologies, the manners of opinion, the metaphors and etymologies.

Hay un pasaje de la *Fenomenología del Espíritu* que podría servir de introducción a mi discurso, porque en este lugar Hegel propone una exigencia de fondo para la filosofía en particular. Dice concretamente: “la cuestión desde la que debemos partir es ésta, cómo comenzar. Es una exigencia al menos formal, de toda la ciencia, pero especialmente de la filosofía, que no afirma nada que no haya demostrado”. En realidad, el problema es sentido no sólo por los filósofos. Roland Barthes, que era un semiólogo y un crítico literario, titula un capítulo de *Grado cero de la escritura* justamente preguntándose: “¿Por dónde comenzar?” El tema es sentido también en todo sector del saber, como demuestran al menos dos libros: uno de un palestino que vive en América, Edward Said, autor de un libro titulado justamente *Beginnings* [Basic Books, New York, 1975], “Comienzos”, el otro publicado por Laterza en 1991 y titulado *La narrazione delle origini*, a cargo de Lorena Preta y dedicado a los “orígenes” en la ciencia, en el mito, en la psicología, en la filosofía, y en el arte.

*Traducción del texto original de la conferencia pronunciada por el Profesor Battistini [Universidad de Bolonia] en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla, invitado por el Programa de Doctorado “Metafísica Básica y Aplicada” (Departamento de Metafísica y Corrientes Actuales de la Filosofía), dentro de la TRIBUNA: LA FILOSOFÍA EN EL TERCER MILENIO celebrada en el primer trimestre de 1998. El texto reproduce la conferencia íntegramente, en su forma originaria de ponencia.

Sin embargo, históricamente, si muchos son los pensadores que han advertido la importancia del origen, pocos en cambio la han verdaderamente indagado con plena coherencia. Por ejemplo Hegel, que a pesar de las declaraciones con las que he comenzado, termina luego por volverse a la más madura sabiduría filosófica, y mira al ocaso, al crepúsculo, cuando finalmente se alza al vuelo el ave de Minerva. La dialéctica de Hegel, aun admitiendo la dinamicidad y la complejidad, apunta decididamente a resolverse en la unidad, orientándose hacia el momento en el que la lechuza llega con su sabiduría sintética a cerrar la partida. En su cacería, Hegel está armado de la lógica, que sirve para las formas de vida definidas por él como viejas y grises.

Desde el punto de vista de la investigación de los orígenes, Vico resulta, en cambio, del todo coherente, porque toda su investigación se dirige, si queremos continuar desplegando la metáfora ornitológica de Hegel, no ya con la lechuza del ocaso, sino con la alondra, que Shakespeare define en *Romeo y Julieta* justamente como el “heraldo de la mañana”. Giuseppe Capograssi, que fue uno de los maestros de Pietro Piovani, quizás el más original estudioso italiano de Vico en las últimas generaciones, en una conferencia sobre *L'attualità di Vico*, que se remonta a 1941, definió a Vico como “filósofo del alba”, fórmula que he retomado en el título de la presente conferencia. Efectivamente, a Vico, no obstante los ciclos de las tres edades y el diseño complejo de la historia ideal eterna, le interesaba poco “el día realizado, el día pleno, todo lo que está desplegado”. En cambio, le interesaba “el nacer del primer hilo de luz: el naciente pensamiento humano”.

Bien mirado, en el fondo, la atención por el momento originario está vinculada tanto a la polémica contra Descartes cuanto a la formulación del *verum factum*. Para Descartes, el conocimiento tiene un procedimiento deductivo a lo largo de la cadena del discurso racional; para Vico, que quiere humillar el orgullo racional, también la cadena deductiva debe partir siempre de *archai* de naturaleza ingeniosa y no racional, indicativa y no demostrativa, tópica y no crítica, retórica y no lógica. La razón se puede usar sólo después de que se ha hallado un origen en sí no racional, porque los silogismos y todo el aparato de las inferencias llegan sólo muy tardíamente. El propósito de arruinar la perspectiva tradicional es, por lo demás, consciente en el mismo Vico, quien explícitamente lo enuncia ya en la *Scienza nuova prima* (SNP, 1730). Aquí, volviendo a proponer el tópico de la tierra desconocida, o sea, la consciencia de emprender un camino jamás recorrido, Vico se lamenta de que “todas las ciencias, todas las disciplinas y las artes han sido dirigidas a perfeccionar y regular las facultades del hombre. Y que sin embargo no haya nadie aún que hubiese meditado sobre los principios ciertos de la humanidad de las naciones, de la que sin duda han salido todas las ciencias, todas las disciplinas, todas las artes” [SN 1730, § 11]. Esta polémica, que en nuestros días ha sido retomada con mucha insistencia por Ernesto Grassi, puede presuponer, se decía, la aplicación del *verum factum*, pensado en oposición a las cadenas ordenadas y deductivas de la lógica, que propiamente no producen nada nuevo, estando sus conclusiones ya todas implícitas en las premisas. En segundo lugar, el remontarse hacia el momento de los orígenes, que, como se sabe, tiene lugar “descubriendo los principios dentro de las modificaciones de nuestra misma mente humana” [SN 1744 § 331], produce una metamorfosis, un hacer o un re-crear que alcanza los “principios” mediante un acto de ingenio y de *inventio* de tipo retórico. No es azaroso que en este pasaje, el más célebre y más citado de la *Scienza nuova* de 1744, donde se revalida el *verum factum*, emerja tanto un llamamiento a

la terminología de la retórica, visto que el “ritruovare”^{*} es justamente la *inventio* de los retóricos, cuanto también la voluntad de una investigación genética que se remonte al punto de partida, al instante único e irrepetible del exordio, hasta cuando, a lo largo de los indefinidos bordes de la nada y del caos, los primeros seres, dice Vico, “comenzaron a pensar humanamente” [SN 1744 § 338]. En este caso, el término “principios” del “mundo civil ciertamente hecho por los hombres” tiene dos significados, uno, común a toda aspiración epistemológica, según el cual “principio” significa “fundamento”, “norma”; el otro, que, en cambio, lo hace sinónimo de “origen”, “inicio”, “comienzo”. Y a este comienzo necesita retornar siempre en todo tratamiento, teniendo en cuenta que, como ha escrito en la dignidad CVI, “las doctrinas deben comenzar por donde comienzan las materias que tratan” [SN 1744 § 314].

El motivo de los orígenes es una especie de obsesión para Vico, afrontada durante toda su vida y en todas sus obras. En el *De nostri temporis studiorum rationis* reconstruye en perspectiva pedagógica los primeros capítulos del proceso educativo, con la intención de respetar las inclinaciones naturales de los niños y de los adolescentes en el momento de las primeras y originarias experiencias cognoscitivas. En el *De antiquissima Italorum sapientia*, cuyo título completo prosigue con *ex linguae latinae originibus eruenda*, se remonta a través de la etimología hasta los primordiales de una remota civilización. En los poemas se trata el problema de los orígenes de la poesía. En el así llamado *Diritto universale* Vico se ocupa de la fase en la que los primeros hombres establecen las primeras leyes de convivencia, y tanto es verdad que los títulos de sus partes insisten en el *De uno universi iuris principio et fine uno*. En la autobiografía se dirige a la investigación de la propia vocación literaria, haciéndola partir de su primer recuerdo, traumático como todo nacimiento, cuando allá por los siete años fue víctima de una mala caída que, *minándole de muerte, en realidad le hizo nacer a las ciencias del hombre al atribuirle un carácter melancólico e ingenioso*. De esta manera vienen despejadas las primeras luces de verdad suficientes por sí solas para explicar la producción sucesiva completa. La misma *Scienza nuova*, cuyo título completo es otra vez también *Principiî di Scienza nuova*, descubre el tiempo oscuro y fabuloso en el que se genera la humanidad.

La *Scienza nuova* no solamente tiene un título similar al de los *Philosophiae naturalis principia mathematica* de Newton, sino también un fin análogo, porque, como este científico se remonta a la fuerza centrípeta gravitacional de la que tiene origen el “sistema del mundo”, así la magna obra de Vico se remonta al nacimiento de la humanidad, resolviendo en la lejana perspectiva de los orígenes la larga investigación del siglo XVII en torno a una lengua y una cultura antropológica comunes a todas las naciones. Y esta misma palabra “nación” [*“nazione”*] viene etimológicamente de “nacer” [*“nascere”*], y tiene la misma raíz que “naturaleza” [*“natura”*].

Para comprender las cosas, para Vico es necesario remontarse al modo en que éstas se han formado. “La naturaleza de las cosas no es más que el nacimiento de éstas en ciertos tiempos y de ciertas maneras, las cuales, siempre que son semejantes, de ellas las mismas y no otras cosas nacen” [SN 1744 § 147]. Mas, para llegar a la condición ancestral, muy cercana al caos primigenio, y tan lejana de “éstas nuestras naturalezas civilizadas” [SN 1744 § 338], el investigador debe realizar a nivel ontogenético un vertiginoso camino de descenso, de manera que, despojándose de todos los sedimentos de civilización, halle, como ya se ha visto, los “principios dentro de las modificaciones de nuestra misma mente humana” [SN 1744 § 331]. Establecida una correspondencia entre las fases de la vida particular y las edades del

^{*}Hallar o descubrir nuevamente, inventar. [N.T.]

género humano, se pueden hallar a nivel individual los vestigios residuales y opacos de las naturalezas “totalmente fieras e inhumanas, las cuales nos está negado imaginar plenamente y sólo a duras penas nos [está] permitido comprender” [SN 1744 § 338]. Este método tiene dos consecuencias en la estructura de la *Scienza nuova*: 1º) la investigación programática de los “principios”, la reconstrucción del momento puntiforme de los orígenes se compagina con un movimiento narrativo que sigue hacia atrás el hilo de las “modificaciones” de las mentes humanas, hasta que, concretado el único vórtice generador, se relata todo el flujo sucesivo del devenir hasta nuestros días; 2º) el autor, en vez de desaparecer dentro de una exposición neutra e impersonal, está continuamente entre las candilejas porque el proceso radical y dramático desde una mente inteligente hasta una corporeidad inmersa en los sentidos implica el tormento de una exploración con alto coste personal, y excluye un tratamiento imperturbable, porque esta operación cognoscitiva produce, en quien la realiza, un trauma. Su “continua y dura meditación”, propia de un “ingenio inquieto” permanentemente “agitado y afligido”, es la consecuencia de un remontarse a los orígenes que implica siempre el descubrimiento de lo anulado, un aspecto vinculado a una catástrofe, a un acto de violencia, que puede ser, a nivel personal, la perturbación de la caída durante la infancia o, a nivel de historia de la humanidad, el diluvio universal y el sucesivo aterrador estallido del rayo, con el que la luz irrumpe de manera prepotente desde un fondo de tinieblas. De este modo, diciéndolo literalmente, la humanidad viene a la luz. La *Scienza nuova* es una especie de intrincado psicoanálisis de la filogénesis, centrada en el momento en el que se cumple el salto de cualidad de un estado meramente biológico, donde el tiempo no tiene ningún significado porque no existen todavía el recuerdo y la memoria de sí, a una edad en la que el hombre puede sobrevivir a su existencia física mediante los vestigios culturales dejados tras él.

Que fuese o no reconocedor de la metáfora baconiana del parto masculino, lo que es cierto es que Vico era consciente de desplegar una operación mayéutica que lo induce frecuentemente a identificarse con Sócrates, especialmente en el dramático final de la autobiografía. Desde este punto de vista la metáfora del parto está semantizada de nuevo y sustrafada a la impresión de banalidad, allá donde, hablándole de la *Scienza nuova* a un amigo, la define, con una insistencia que sustrae la imagen al lugar común, su “quizás el último, pero ciertamente el mayor de todos, tierno parto” [G. Vico, *Opere*, a cargo de A. Battistini, Meridiani Mondadori, Milán, 1990, I, p. 310]. Efectivamente, la *Scienza nuova* lleva la humanidad a la luz, en el sentido de que representa en ella el nacimiento reviviéndolo desde el interior en la mente de un investigador que extrae del propio yo los trazos originarios de los “bestiones”, de los cuales conserva aún el código genético.

Además, si la meta de la investigación es el punto originario de la civilización, su conocimiento acaece a través de un relatar, que es al mismo tiempo un hacer, un llegar a ser, un revivir, un recordar, un interpretar o, por repetir el criterio gnoseológico de Vico, un *verum ipsum factum* en el que el antropólogo narrador es también el protagonista de la historia, la garantía de su autenticidad: “nos adelantamos a afirmar que en tanto quien medita esta Ciencia él se narra a sí mismo esta historia ideal eterna, en cuanto [...] él mismo se la hace; porque, donde acontece que quien hace las cosas es el mismo que las narra, no puede ser más cierta la historia” [SN 1744 § 349]. Para Vico, conocer es narrar, o sea, rehacer una experiencia, volver a vivirla, recordarla. Esta es también la razón por la que Vico escribe muy gustosamente la autobiografía, y por lo demás, la *Scienza nuova* se podría definir como la

autobiografía de la filogénesis de la humanidad. La mirada autoindagadora excava bajo la superficie de las cosas dándoles un espesor, porque en Vico cada objeto de indagación se convierte siempre en una genealogía. Toda metáfora “viene a ser una pequeña fabulita” [SN 1744 § 404], o sea un mito; ante todo, las palabras, mediante la etimología, son “historias de cosas” [SN 1744 § 22], rápidas biografías lexicales que testimonian un pasado socioantropológico. Para mayor abundancia, el lenguaje visual de los ideogramas, jeroglíficos, enseñas gentilicias, medallas, monedas, en apariencia estático, tiene, más allá de su rígida estilización, el dinamismo de una antiquísima estratificación alegórica. Por estos motivos, la pintura propuesta en el frontispicio, más que tratar propiamente de concentrar toda la materia de la *Scienza nuova*, parece el emblema más representativo de su estructura narrativa, porque desde la raíz unitaria del origen, señalada en el ojo divino, se desarrolla el rayo que con un trazo zigzagueante “se refleja y expande hacia fuera” [SN 1744 § 5], hasta abrazar la totalidad de las cosas humanas. Salvada la unidad de un nacimiento común, los “fragmentos” y los “trozos” (como los llama Vico) que afloran desde el olvido del pasado pierden la fisonomía de elementos aislados y entran en la dialéctica de un relato enciclopédico. Parafraseando a Northrop Frye, se podría decir que también la *Scienza nuova* es un “gran códice” secularizado, concerniente a las naciones gentiles, así como la Biblia es el gran códice de los hebreos. Descartes y Bacon querían hacer *tabula rasa* para combatir los prejuicios del pasado; Vico, en cambio, tiene un *horror vacui* y acoge toda experiencia erudita. Como antropólogo, Vico es el custodio de la memoria primordial, y, al igual que años después de él Lavoisier sostiene que en química nada se crea ni nada se destruye, del mismo modo la *Scienza nuova* establece para la historia el principio de conservación. Todo depende entonces de la memoria, porque hasta “la fantasía no es otra cosa que resalte de reminiscencias, y el ingenio no es más que trabajo en torno a las cosas que se recuerdan” [SN 1744 § 699]. En consecuencia, la misma *Scienza nuova* es un teatro de la memoria. El principio heurístico de hallar en la historia de cada nación las mismas fases evolutivas, expresado en la dignidad XIII (“Ideas uniformes nacidas entre pueblos enteros desconocidos entre sí deben tener un motivo común de verdad” [SN 1744 § 144]), otorga a la memoria una importancia no sólo filológica sino también filosófica y científica, porque de ella depende la ley histórica universalmente válida conquistada con la ayuda del ingenio, que establece nudos comparativos entre los fragmentos recogidos en el recuerdo. Esto significa que las frecuentes repeticiones de los mismos temas contenidos en la *Scienza nuova* no tienen nada de gratuito, ya que favorecen el arte de la memoria a la vez que demuestran la constancia del comportamiento humano, confirmada en la propuesta nuevamente de iguales fenómenos.

Llegados a este punto se podría preguntar cómo se puede conciliar por una parte la obsesiva investigación del punto de partida, del instante puntiforme y traumático del nacimiento, que para Vico, como sabemos, está representado míticamente por el primer trueno y por el primer rayo que dan a un sector de la humanidad la consciencia de la divinidad, y por otra parte su propensión enciclopédica e inclusiva, el amor por la acumulación y por la sedimentación, el arte combinatoria de los argumentos que retornan siempre sobre los mismos caminos hasta formar, más que una secuencia lineal, una red con muchas interconexiones. En este sentido, la búsqueda del punto de partida se diluye en un relato de la historia ideal eterna y la forma del tratado parece adquirir los caracteres de una novela barroca, abierta a muchas peripecias. La respuesta a esta paradoja quizás se pueda tener, por analogía, con la

ayuda de la hipótesis de la astronomía moderna, aquella del *big bang*. El momento mítico en que el hombre alza la cabeza y cree recibir un mensaje de los dioses es, como ya he dicho, una especie de vórtice, una explosión de energías imaginativas e ingeniosas de las cuales, a pesar de la extrema dilatación del tiempo, queda huella en todas las manifestaciones humanas, persistiendo hasta hoy día, no obstante su debilitamiento. Como hemos apreciado por la dignidad XIV, la naturaleza, o sea, la esencia y la peculiaridad de las cosas, reside en su “nacimiento” histórico. Una estrecha integración de la dignidad XIV y la XV, según la cual “las propiedades inseparables de los sujetos deben ser producidas por la modificación o guisa con que las cosas han nacido; por lo que éstas nos pueden aseverar que es tal y no otra la naturaleza o nacimiento de esas cosas” [SN 1744 § 148]. Una vez hallado el punto generador, se debe seguir también el modo en que se ha desplegado, su expansión metamórfica a través de la particular acepción que para Vico tiene el término “filología”, una acepción seguramente antropológica, desde el momento en que la define como “la doctrina de todas las cosas que dependen del arbitrio humano, como son todas las historias de las lenguas, de las costumbres y de los hechos tanto de la paz como de la guerra de los pueblos” [SN 1744 § 7]. Y puesto que el origen es unitario, al menos en los modos, existe una continuidad y es suficiente conocer una de estas partes, los “fragmentos” o “trozos”, para tener la posibilidad de conocer la completa realidad humana de esa fase de civilidad. Se comprende entonces por qué Vico recurre a la estructura organicista, que más que nada es otro modo para apartarse de Descartes, al menos de su aspecto epistemológico visible en el *Discurso del método*.

En este sentido pienso que un límite de los historiadores de la filosofía es el de descuidar el componente metafórico y analógico de los autores estudiados por ellos, casi como si esto fuese un trabajo que concierne solamente a los críticos literarios que se ocupan de poetas y escritores. Y viceversa, también el sistema de imágenes, la *imagery*, como la llaman los anglosajones, que sobre este punto son más atentos, puede ser de no poca utilidad para comprender el pensamiento de un filósofo. En el caso de Vico, la insistente comparación organicista no puede ser descuidada, porque de otro modo no se comprenderá nunca la singularísima estructura de la *Scienza nuova*, ordenada propiamente por el peculiar modo dialéctico que para él se sitúa entre el instante del nacimiento y duración de la historia. Lo que él llama método geométrico es absolutamente distinto de los métodos de Descartes o de Spinoza. Sus axiomas, definiciones, postulados no tienen el mismo rigor de las pruebas o de las demostraciones euclídeas o, de cualquier modo que fuere, matemáticas, también porque no forman una cadena deductiva. Su intermitente reflorcer, facilitado por la concepción circular del tiempo y, en consecuencia, por los continuos retornos internos, es verdaderamente similar a un movimiento de pulsación que cumple en la *Scienza nuova* un trabajo de “animación” y da la energía cinética necesaria para ligar las partes de la obra, tenidas en conjunto no por categorías abstractas y meramente formales, sino por una epistemología organicista. La intención de Vico es la de galvanizar y revitalizar el universo mecanicista de Hobbes y Descartes. Sobre todo el *Discours de la méthode*, que tras haber reconducido el mundo fenoménico al mundo matemático, considera al sabio como un arquitecto que piensa el propio sistema filosófico en la forma ingeniera de un edificio especulativo. Para criticar la ética de los antiguos Descartes la compara con palacios soberbios y magníficos cons-truidos sobre la arena y el fango; para defender la superioridad de su método individual sostiene que los edificios iniciados y llevados a fin por un solo arquitecto son más bellos y más

ordenados que aquéllos donde han trabajado más personas con intención de readaptar viejos muros a nuevos propósitos; para justificar su moral provisional explica que antes de comenzar a derribar la casa donde se habita se necesita tener otra donde estar durante toda la duración de los trabajos.

Vico, al contrario, usa imágenes completamente distintas. Al comienzo del libro II, al exponer los criterios taxonómicos usados por él, Vico los compara no ya con un edificio sino con un árbol, una imagen, por tanto, no mecanicista como aquella preferida por Descartes, sino organicista, ligada a los valores de nacimiento y crecimiento. Esta es una analogía muy apta para el contenido del libro II, que busca los orígenes de la humanidad y que reconstruye el modo de conocer de los primitivos, que no fue racional sino fantástico y que usó el procedimiento del discurso mítico, donde cada fragmento tiene valor sólo inserto en la totalidad. También en la figura viquiana del árbol ningún particular queda aislado, sino que todo viene concebido como símbolo o como parte del conjunto. La derivación desde el único “tronco” de la metafísica de una “rama” de la cual “se ramifican” las ciencias humanas de la lógica, de la moral, de la economía, de la política, “y por otra rama” las ciencias naturales de la “física, la madre de la cosmografía, y por tanto de la astronomía, que nos da por ciertas a sus dos hijas, que son la cronología y la geografía”, significa la interacción de todas estas disciplinas, destacada de nuevo por las metáforas de parentesco que hablan de “madre” y de “hijas” [SN 1744 § 367].

Hay sin embargo otra imagen que explica aún mejor que la similitud con el árbol la incesante interacción instituida por Vico entre la extrema concentración del momento originario y su enciclopédica expansión. Esta analogía es la de la circulación sanguínea, un fenómeno descubierto cerca de un siglo antes por William Harvey y que había impresionado profundamente a los filósofos además de a los médicos. También Descartes discurre sobre ello en el *Discurso del método*, pero en términos propios, científicos, no metafóricos para explicar su taxonomía, como en cambio hace Vico para aclarar el rol de las dignidades en la economía de la *Scienza nuova*. Y precisamente aquí en las dignidades se afirma que “como el cuerpo animado por la sangre, así deben correr y animarla por dentro en todo lo que esta Ciencia razona sobre la común naturaleza de las naciones” [SN 1744 § 119]. Efectivamente, como ha advertido Donald Verene, un estudioso americano de Vico, las dignidades realizan continuamente una expansión desde un particular *certo* filológico a un general *vero* filosófico, y una concentración de un *vero* filosófico en un *certo* filológico. Sin embargo, quizás esta estructura organicista corresponda no sólo a la naturaleza de las dignidades, que muestran sus pulsaciones en todo el cuerpo de la *Scienza nuova*, sino también a la estructura general de la obra, que repite circularmente los mismos contenidos ora de manera contraída y sintética, ora de manera dilatada y analítica. Todo el material está organizado en un continuo alternarse de contracciones y dilataciones, de modo que a la sístole de una gran recapitulación sigue siempre la diástole de un análisis de más extensión. Si miramos al ordenamiento de los temas y a la estructura de la *Scienza nuova*, la podremos considerar una especie de corazón palpitante que a la segmentación de las ideas claras y *distintas* opone la compuesta unidad de un “sistema”. No por casualidad esta palabra “sistema”, tan moderna desde el punto de vista taxonómico, es usada justamente por el mismo Vico para definir su obra al padre Giacco, visto que él la consideraba “un sistema de la civilidad, de las repúblicas, de las leyes, de la poesía, de la historia y, en una palabra, de toda la humanidad” [carta del 14-7-1720, en G. Vico, *Epistole*, a cargo de M. Sanna, Morano, Nápoles, p. 86]. Era ésta la respuesta polémica

de Vico a las filosofías de Descartes, de Malebranche y de Pascal, que a su parecer “son sólo luces esparcidas” [*Vita scritta da se medesimo*, en *Opere*, cit., p. 22]. La dispersión de tantas “pruebas filológicas” acogidas por todo tiempo y por toda latitud es constantemente reconducida a sus principios a través del continuo alternarse de un mapa y de su explicación, artífice de una ósmosis similar, como se decía, a la relación entre sistole y diástole en un sistema cardiovascular. También en el *De ratione* Vico advertía que el fin de la obra (cito en traducción italiana) “se difunde en nuestro método de los estudios como la sangre por todo el cuerpo, y como el movimiento de la sangre se observa allá donde las arterias son más visibles, hablaremos de ello donde más emergerá” [p. 97]. En la *Scienza nuova* este fenómeno no tiene relación con el objetivo de la obra, sino con el motivo de los orígenes, que retorna continuamente como el pulsar del corazón se ve y aflora en varios puntos de las arterias.

Se comienza con la pintura puesta como frontispicio, que, en una única página, ofrece la síntesis unitaria y ordenada de toda la materia, recogida en un solo lugar. Los objetos que hay representados poseen las características del símbolo, una palabra que también etimológicamente significa una colección, una condensación en unidad, una recolección de elementos heterogéneos, una síntesis de cuerpos diversos. El hábito de resumir en una única imagen el contenido de un texto es muy frecuente en la cultura occidental, al menos en el Medioevo, además si, desde que el sentido histórico y naturalista del siglo XVII ha sustituido la alegoría didáctico-cristiana, la célula del signo viene a ser un microcosmos que desvela el pasado laico del hombre antes que la metafísica de la creación. El ideograma es entonces el joyero con que se alcanza el ideal del saber barroco, coronado precisamente por la concentración de infinitos significados en un único signo cifrado, en el que se halla el origen de su naturaleza y de sus desarrollos. Desde el ojo originario y generador de Dios hasta las manufacturas humanas, en su adecuación al lenguaje prealfabético de los primitivos, todos los símbolos recogidos en una sola página asumen la tarea taxonómica de resumir la compleja estructura de la *Scienza nuova*.

Después de que toda la *Scienza nuova* se ha remontado a los orígenes de la creación una primera vez en la pintura partiendo del ojo de Dios, retorna de nuevo, obsesivamente, a los orígenes en la Tabla cronológica que abre el primer libro, dedicado a los principios universales. Entonces, desde el orden espacial de las imágenes se pasa al orden temporal de los datos que, juntos, sintetizan la historia universal desde los lejanos orígenes del diluvio hasta las guerras cartaginesas, o sea, los acontecimientos centrales del tiempo oscuro y fabuloso, privado de documentación cierta y directa. Vico no quiere, sin embargo, sacrificar la complejidad, y por tanto la Tabla considera sinópticamente los siete pueblos más antiguos, Hebreos, Caldeos, Escitas, Fenicios, Griegos, Romanos, cuya historia es siempre y como fuere recorrida de nuevo a partir de de los respectivos orígenes. Sus eventos son alineados en columnas autónomas, para significar que el surgir de la civilización tiene orígenes poligenéticos, sin interferencias entre las varias naciones, las cuales no tienen en común su nacimiento, sino las mismas fases evolutivas, o sea, una idéntica ley histórica, aunque no necesariamente contemporánea en su desarrollo. En este punto la secuencia lacónica y comprimida de las referencias temporales solamente indicadas sin precisiones se distiende en la serie enumerada de las Notas a la Tabla cronológica, y por tanto se vuelve a marchar de nuevo desde el punto crucial del alba. Aquí se ve usado el método de trabajo que Vico debió aprender en el curso de sus estudios jurídicos, basados en la técnica del comentario recoge-

do en el *Digesto*. La técnica del comentario ha sido después seguida en la enseñanza universitaria, que al profesor de retórica imponía el ejercicio cotidiano de la explicación de los textos. Por último, es también un procedimiento extendido a la investigación personal, porque una nueva impresión de la *Scienza nuova* para publicarse en Venecia debía consistir en el texto de 1725 seguido de una larga serie de notas.

En el libro I Vico continúa, como reza su título general, con el “establecimiento de los principios”, encerrados en los cofres de las dignidades. Justo después, ahora tautológicamente, aparece una sección subtitulada “de los principios”, seguida de una exposición “Del método” que tiene como canon primario el hecho de que la *Scienza nuova* debe “comenzar donde comenzó la materia” [SN 1744 § 338]. Y el libro II obedece a esta necesidad, porque parte de una ruda metafísica parangonada, como ya hemos visto, al tronco originario de un árbol del saber del que se ramifican las demás disciplinas. Con el libro III se tiene, como en un corolario, la verificación práctica de las tesis del libro II, aplicadas a la materia de la *Iliada* y de la *Odisea*, porque sólo presuponiendo la interpretación antropológica del *epos* primitivo como depósito de conocimientos, valores y normas se puede tener la posibilidad de utilizar en el espacio historiográfico los poemas homéricos, de otro modo limitados, como había sido hecho hasta los tiempos de Vico, al campo de la invención literaria. Y también aquí se retrocede significativamente a los primeros testimonios de la cultura occidental, porque los poemas son los textos más antiguos que nos han quedado. Es inútil decir que desde el punto originario tienen su encaminamiento tanto el libro IV, donde el curso que siguen las naciones parte siempre de la edad de los dioses, cuanto el libro V, dedicado al renacimiento, o mejor dicho al “resurgir de las naciones”. La línea del tiempo se curva sobre sí misma y la historia dibuja un cerco a causa del “recurso” [*ricorso*], que encuentra analogías muy fuertes entre la edad primitiva y el Medievo. La estructura de la *Scienza nuova* imita entonces la circularidad de los acontecimientos y crea a su vez una circunferencia, porque la “conclusión de la obra” es simétrica a la “pintura” del comienzo. También en las últimas páginas, toda la indagación viquiana viene revisada con una última gran síntesis que expresa la heterogénesis de los fines entre las miopes intenciones de los hombres y el ocurrir real de las civilizaciones. El contenido general viene de nuevo presentado con la imagen del fénix que siempre renace de sus cenizas y con una insistente anáfora [SN 1744 § 1108], como confirmación de la estructura repetitiva que retorna siempre sobre los mismos lugares porque tiene por argumento la totalidad de la historia. Evidentemente, Vico, antes que Eliade, ya ha cultivado el mito del eterno retorno.

Heredero de una edad que, con la nueva ciencia de Galileo, Descartes, Newton, había visto impotente el nacimiento de la división entre las dos culturas, humanista y científica, y la profundización en la especialización, Vico no se resigna a un saber fragmentado y, en nombre de los ideales expresados en las Oraciones Inaugurales, busca y cree encontrar la cohesión de la cultura retrocediendo hasta el instante único de los orígenes, al momento común a toda la humanidad, al confín remotísimo pero simplificado más allá del cual existe sólo la absoluta falta de consciencia de seres que, menos que hombres, eran “estúpidos, insensatos y horribles ‘bestiones’” [SN 1744 § 374] poseedores sólo de la pura existencia biológica. Vico parte de este punto originario, donde a causa del trueno y del rayo se forma el primer resplandor de consciencia del existir y de la historia. Es una investigación que, en términos pseudolonginianos y lucrecianos, produce, según se lee en la *Scienza nuova*, un “divino placer”,

nacido al “contemplar en las divinas ideas este mundo de naciones en toda la extensión de sus lugares, tiempos y variedades”, una vez más brotados genéticamente de “pensar más o menos u otras causas que aquellas de donde salen los efectos de este mundo civil” [SN 1744 § 345].

La ambición de Vico es, entonces, la de completar la revolución científica extendiendo el alcance de ésta al mundo humano. Hay, sin embargo, una diferencia sustancial respecto a los científicos, que ahora quizás permita comprender por qué Vico, justamente en cuanto filósofo del alba, deba usar un lenguaje que esté él mismo ligado al lenguaje de los orígenes. En el momento del *arché*, no existe aún el *logos* del discurso racional, sino el *pathos* de la imagen. Y, puesto que la investigación y la exposición de Vico tratan de adecuarse a la mentalidad de los primitivos, la enciclopedia de la *Scienza nuova* no sigue una lógica racional y selectiva sino fantástica e inclusiva, lo más fiel posible a las grandes posibilidades inventivas de los primitivos. En cuanto antropólogo, Vico no quiere leer los orígenes con el código racional de la actualidad, sino adecuarse sin imperialismos prevaricadores a la mentalidad primitiva. Para resistirse a la vejez actual, producida por un uso excesivo de la razón, Vico pide ayuda a la fantasía para llevar a cabo en nuestra mente una obra de rejuvenecimiento mediante un retorno a las invenciones imaginativas de la infancia de la humanidad. En consecuencia, la fantasía viene a ser un verdadero y propio instrumento hermenéutico, el único medio adecuado para percibir el primer rayo de luz en la historia de la humanidad. Para poder interpretar la gramática del mito y de la poesía, debido a su naturaleza polisémica y connotativa, no hay otro método que la fantasía y la retórica, la disciplina habituada a una interpretación nunca literal, sino siempre alegórica, porque los tropos y las figuras son formas que “están por” alguna otra cosa. Ella es, por tanto, una metamorfosis creativa, del mismo tipo que aquella que el retórico hace cumplir al lenguaje neutro y referencial.

El antropólogo hace cumplir a la retórica el mismo camino porque busca dentro del actual lenguaje claro y distinto la espesura opaca de los tropos originarios, que custodian capítulos enteros de historia social, política, económica. Aquello que los primeros hombres hacían instintivamente, es decir como poetas, el moderno intérprete lo reproduce a sabiendas, o sea el retórico. Cercano al caos de la vida de los “bestiones”, la retórica se halla más cómoda que la lógica, porque a la retórica le es connatural la entropía, en cuanto que los materiales no son reelaborados por la razón pura sino por la memoria, por el ingenio y por la fantasía, elementos todos que entran a formar parte de la filosofía con plena dignidad. La enciclopedia de la *Scienza nuova* se ocupa de los mitos y de la poesía, de los que quedan aún huellas bajo la moderna racionalidad y bajo los significados modernos de las palabras. El único método adecuado y pertinente para reconstruir el surgir de la civilización consiste en imaginarlo no con una fría demostración científica sino con un mito, el del primer rayo y del primer trueno que produjeron en los “bestiones” el terror de una divinidad celeste que, a su semejanza, quisiese dar ordenes bajo formas violentas y espantosas. Es entonces evidente que para remontarse a los orígenes se necesita recurrir a los medios originarios de conocimiento, o, lo que es lo mismo, a los mitos, a las metáforas, a las etimologías. Vico, filósofo del alba, ha conseguido también elaborar un método mediante el que descubrir y estudiar la primera luz de la humanidad.

[Traducción del italiano por Jose M. Sevilla]

* * *